



UN ASUNTO CAPITAL

Marcelino
Champagnat

Ale  andriæ
.org

Biblioteca de formación para católicos

I. Gravedad de la impureza.

¿Quién morará eternamente en el tabernáculo del Señor?, pregunta el real Profeta.

El hombre sin mancilla, contesta el Espíritu Santo.

El mismo Jesucristo no promete la visión divina sino a los limpios de corazón.

«Así como la luz solar enseña san Agustín sólo puede contemplarse con ojos limpios, así tampoco pueden contemplar a Dios más que las almas puras». Por eso san Juan afirma que nada mancillado entrará en el cielo, y agrega: ¡Fuera impúdicos!

¿Qué ha de hacerse, pues, para asegurar la salvación? Hay que ser casto y luchar sin tregua contra el vicio impuro, que es el sello de Satanás. «Ante todo declara Orígenes, quien desee salvarse ha de ser puro». Contar con poder salvarse sin practicar la pureza y pagando tributo al vicio feo, es un error, una ilusión, una locura. «No os llaméis a engaño agrega san Clemente de Alejandría, no hay más cristianos verdaderos que los castos». «Esta virtud en opinión de Tertuliano es el fundamento de la santidad; si se zapa esa base, todo se desmorona y no queda más que un montón de escombros».

San Beda el Venerable afirma: «La sal del cristiano es la pureza; a quien la ha perdido, le devoran las pasiones, igual que los gusanos devoran la carne que está sin salar». Y san Efrén añade: «La pureza es la vida del espíritu y la raíz de las virtudes». «Por muy humilde, mortificado y devoto que sea un hombre, si no es casto, no es nada», dice santo Tomás de Villanueva. No hay santos sin castidad: es virtud absolutamente necesaria para salvarse. Profundamente convencido de tal verdad, san Jerónimo decía: «El hombre prudente, que toma en serio el negocio de la salvación, observa ante todo la castidad, porque comprende que, perdida esta virtud, todo se derrumba y arruina».

El vicio impuro desagrada sumamente a Dios y todo lo arruina en el hombre. «Dios aborrece de tal modo la impureza enseña san Agustín que prefiere el ladrido de los perros, el mugido de los bueyes y el gruñido de los cerdos, a la oración y canto de los impúdicos». San Pedro Damiano asegura: «Profanar el cuerpo y el alma con un pecado vergonzoso es falta más grave que profanar una iglesia o un vaso sagrado». «La impureza, dice santo Tomás, aleja infinitamente de Dios; ahora bien, lo que tanto aleja de Dios tiene que ser pecado muy grave».

San Gregorio afirma: «La impureza convierte al hombre en demonio», y san Pedro asegura que «Dios se ha reservado castigar a los malvados, especialmente a los impúdicos». «¡Ay, ay! exclama san Bernardo, ay del que se deja arrastrar por ese vicio vergonzoso!».

«Desgraciadamente escribe san León, el hombre está sujeto a muchos achaques del alma, pero de todas las enfermedades espirituales, la más peligrosa es la impureza: es fiebre contagiosa, fuego devorador, lepra que todo lo corroe, sarna que desfigura y afea todo lo que alcanza a tocar». «Tras haber matado todos los gérmenes de virtud dice san Buenaventura, trae consigo y fomenta todos los desórdenes: es semillero de todos los vicios». «En quien se ha hecho esclavo de pasión tan vergonzosa afirma san Cesáreo no queda nada bueno: méritos, virtudes, lozanía física y moral, todo lo pervierte, corrompe y arruina».

Según san Clemente de Alejandría, «la impureza es una úlcera corrosiva, un mal casi incurable». «Una vez prendido en esa red, que es la más recia de Satanás afirma san Jerónimo, ya no se sale de ella, o al menos rarísima y difícilísimamente; ese vicio abominable es un pecinal en el que, cuando se intenta sacar un pie, el otro se hunde más todavía». «El hombre deshonesto añade san Juan Crisóstomo ya no es dueño de sí, es como un endemoniado, está en posesión del maligno, que le trata a su antojo». Y san Cipriano escribe: «El vicio impuro es la degeneración de la raza humana. Destruye todas las facultades anímicas: quita el genio y el juicio, apaga la inteligencia, merma la memoria, debilita y destroza la voluntad; echa a perder la conciencia y da un corazón de animal bruto, es decir, sin ningún sentimiento; arruina la salud, demuda la belleza y cambia las facciones del rostro; embrutece por completo al hombre». Y lo confirma san Euquerio: «El impúdico no difiere del bruto irracional». «Si se nos diera poder constatar el envilecimiento de un alma impura dice san Juan Crisóstomo, el sepulcro nos parecería preferible a tan triste estado». Frente a semejante ignominia, san Cesáreo exclamaba: «Para un alma semejante, ya no hay un solo día festivo y alegre en la tierra; toda su suerte y patrimonio se reduce a lágrimas, pesares y amarguras».

Los santos tenían todos sumo horror a la impureza. El mero pensamiento de ese pecado impulsaba a san Benito a revolcarse entre espinos; a san Francisco de Asís, a echarse a un estanque helado,; a san Jerónimo, a herirse el pecho con un canto

Nuestro venerado fundador aborrecía tanto el vicio impuro, que no podía oír hablar de él sin ser presa de espanto. Una falta ostensible contra la pureza le hacía derramar lágrimas. Se volvía terrible e inexorable cuando temía el contagio, y los corruptores nunca le merecían perdón: los despedía irremisiblemente. Le denunciaron, una vez, uno de esos individuos. Eran las diez de la noche y hacía una hora que la comunidad se había retirado a dormir. No pudo tolerar que el culpable pernoctara en la casa. Le mandó levantar y le despidió en el acto. El joven le suplicaba de rodillas que le permitiera pasar la noche en cualquier rincón de la casa o en el establo, aduciendo que era muy tarde para encontrar albergue en otro sitio.

¡No, no!, le contestó el padre. Mientras se encuentre usted aquí, no dejaré de estremecerme el miedo a que la maldición divina caiga sobre nosotros.

Y al pronunciar estas palabras, le apremió a que saliese y atrancó la puerta. Un instante después, un hermano le hizo observar que el postulante había dejado el equipo.

Vaya usted le contestó, recójale toda la ropa y tírela al otro lado del arroyo, para que estemos separados no sólo de él, sino de cuanto le pertenezca, y para que la corriente del agua corte el contagio que, de otro modo, no podría menos de cundir y llegar hasta nosotros.

II. Excelencia y ventajas de la castidad.

Los santos doctores llaman héroes de la humanidad a los que se conservan vírgenes, y definen la pureza como «perfección de la vida humana y anticipo de la del cielo» ¡Oh castidad! no puede el hombre decir lo que eres ni publicar dignamente tu mérito y gloria. Será menester contemplarte en el cielo, a la luz de Dios, para conocer toda tu hermosura.

1. La castidad nos asemeja a los ángeles.

«Quien ha vencido a la carne dice san Juan Clímaco ha vencido a la naturaleza; ahora bien, el que ha superado a la naturaleza está por encima de lo humano y raya en lo angélico». Esa es la razón por la que san Ambrosio no duda en afirmar que «el hombre casto es un ángel»; san Bernardo, que «tiene su arrojo, fuerza y mérito»; Casiano, que «se equipara a dichos espíritus bienaventurados»; y san Gregorio, que «ser virgen o ángel es todo uno, pues ambas cosas son iguales» .

2. Es más, la pureza nos hace semejantes a Dios,

y nos otorga el primer rango en su reino, según afirma el Sabio: «La pureza es lo que más acerca a Dios». Al acercarnos más a Dios, nos hace participar más copiosamente de sus divinas perfecciones y suprema felicidad. Por eso está escrito que las almas puras ocupan rango aparte en el cielo y siguen al Cordero doquiera que vaya (Ap 14, 4) para formar su corte, y cantan un cantar nuevo que nadie más puede cantar (Ap 14, 3) .

3. Nos convierte en los predilectos de Jesús.

Es una verdad enseñada por la misma sagrada Escritura: Quien ama la candidez del corazón, gozará la amistad del rey (Pr 22, 11). Tiene, pues, Jesús amor de predilección por las almas puras, se les comunica especialmente, las colma de gozo y consuelo, las ampara y defiende contra las tentaciones del demonio. Por mandato de Jesús dice un autor antiguo, los santos ángeles se aglomeran alrededor de las almas castas, para impulsarlas a la virtud y defenderlas del demonio. Tiene especial cuidado de su progreso en la virtud, aparta los obstáculos que pudieran detenerlas y las provee de facilidad maravillosa para la práctica de la oración y de las virtudes. Finalmente, vela de modo particular por su conducta y cuanto las concierne, ya que las almas perfectamente

puras no piensan más que en Jesús, y él no se deja vencer en generosidad y amor. Por otra parte, es congruo mirar cuidadosamente por los objetos raros y preciosos; pues bien, nada en la tierra ni en el cielo es más precioso que un alma pura. Por eso Jesús las ama y mira tanto por ellas.

4. Nos coloca en subido grado de santidad.

Al comentar la parábola de la buena semilla, san Jerónimo dice: «El estado de virginidad es el que da fruto a ciento por uno, y el que sólo da treinta es el de los seglares en el mundo». San Marcial asegura que, en el cielo, las personas que hayan guardado la castidad tendrán cien veces más de gloria que las que se hayan santificado en la vida matrimonial. Por eso san Juan las llama «primicias de la redención», apuntando a que el Señor las hace partícipes de sus méritos, de su sangre y de su gloria en el cielo.

5. Tiene el mérito y la gloria del martirio.

«Aun en medio de la paz afirma san Jerónimo con la espada de la pureza, alcanzamos la palma del martirio. «El martirio de sangre añade san Bernardo parece más cruel, pero es menos doloroso que, a la larga, el de la castidad. Cuesta menos morir de un solo tajo, que castigar la carne toda la vida con la pureza».

6. «La pureza es flagelo de los vicios»,

dice san Cipriano, y modera y domeña todas las malas inclinaciones. Se sabe por experiencia, en efecto, que el hombre de gran pureza odia, aborrece y evita cualquier pecado. No puede soportar el mal y lucha contra él en todas partes, porque lo propio de la pureza es tornar la conciencia timorata y delicadísima.

7. Perfecciona y hermosea todas las facultades del alma.

«La pureza dice san Adelmo es el sol del espíritu; convierte al hombre en ángel». Ahora bien, según santo Tomás, «los ángeles, a causa de su pureza, se allegan más a Dios, participan más copiosamente de sus luces, de su inteligencia y perfección».

San Juan era virgen, por eso alzó el vuelo como un águila hacia Dios y sacó del seno de la sabiduría eterna la ciencia más sublime e inefables secretos.

Santo Tomás de Aquino era virgen, y ya sabemos que para quedar asociado a la ciencia de los ángeles y ser llamado el doctor angélico, se necesitaba que tuviera la pureza de los ángeles y que un ángel le pusiera el cingulo de la castidad

San Jerónimo asegura que las sibilas habían alcanzado del cielo el don de profetizar, como recompensa del celibato que guardaban. Es una realidad conocida por todos y constatada por la historia, que las mejores obras maestras y las más pasmosas maravillas de la mente humana han sido producidas por hombres castos. Si, a las almas puras pertenece la diadema de la inteligencia y la razón.

Un monje dijo un día con toda sencillez a san Pacomio:

Padre, cuéntanos, por favor, alguna de tus visiones; aseguran que las has tenido maravillosas.

A un pecador como yo respondió el santo, no le es lícito desear tener visiones. Pero, ¿sabes, hermano, cuál es la más estupenda de todas las visiones? La vista de un hombre casto y humilde. La castidad perfecta da a conocer, manifiesta a Dios y las cosas santas más perfectamente que la ciencia más subida y que todas las visiones.

Al revés, el primer estrago de la impureza es debilitar el entendimiento. «El vicio impuro dice santo Tomás ciega la mente y hace perder la razón». El alma caída bajo el yugo de la pasión infame ya no tiene inteligencia, está embrutecida. «Cuando el fuego impuro devora a una persona afirma san Gregorio, ya no puede ver el sol de justicia». Las pasiones arrojan a uno a simas profundas, a lugares tenebrosos y a la oscuridad de los sepulcros.

La pureza es la llama del corazón: lo hace bueno, sensible, agradecido.

Me gusta la pureza más que todas las otras virtudes, exclamó un día san Gil.

No será de mayor precio que la caridad, le replicaron.

¿Puede haber caridad sin pureza?, preguntó. La pureza es la que alimenta el amor: un corazón carnal nada entiende de amor, la llama santa no se enciende en el lodo.

Es verdad tan evidente, que hasta los malvados la han comprendido. «Lo mantengo sin temor a ser desmentido afirma Juan Jacobo Rousseau, el joven que ha conservado la inocencia hasta los veinte años es, a esa edad, el más generoso, el mejor, el más amante y amable de los hombres. Por el contrario, los jóvenes viciosos no tienen sino almas raquílicas, corazones duros y depravados; he constatado siempre que eran crueles e inhumanos; desconocen la compasión y la misericordia; sacrificarían al padre y a la madre, al mundo entero por el más ruin de sus placeres».

¿Quién despojó a David de la bondad y mansedumbre de la que daba gracias a Dios como uno de los dones más preciados que había recibido de su liberalidad? El adulterio. Tras dicha falta, el más afable de los hombres vino a ser el más cruel. Dos veces había perdonado la vida a Saúl, su peor enemigo, y mandó degollar a Urías, su siervo, en el momento mismo en que tan generoso oficial le estaba dando pruebas de la fidelidad más inviolable. «No es de extrañar exclama san Bernardo que el hombre carnal sea cruel y no entienda de amor; ya no tiene corazón de hombre, sino de fiera».

«La pureza dice san Cipriano es el nervio y la fuerza de la voluntad». Te has portado con varonil esfuerzo y has tenido un corazón constante, porque has amado la castidad (Jud 15, 11).

La virgen santa Águeda, niña de quince años, decía a los verdugos: «Flagelad, desgarrad, sajad, tronzadme el cuerpo: no me doblegaréis la voluntad». Afrodios, al referir al tirano la fortaleza de la niña, le dijo: «Más fácil sería ablandar la piedra de granito o convertir el hierro en plomo, que doblegar a Águeda y arrebatarle su amor a Jesucristo».

Godofredo de Bouillon era capaz de partir en dos a un enemigo, de un pendiente. Alguien le preguntó cuál era el secreto de la fuerza de su brazo: «Esta mano contestó jamás se ha mancillado con tocamientos afeminados; la castidad es, pues, la fuerza de mi voluntad y de mi brazo».

8. Finalmente, la pureza es buena señal de predestinación y prenda de salvación eterna, según afirma san Cipriano. Se comprende eso fácilmente, pues si el cielo es de los que huyen del pecado, la pureza es la ruina de los vicios; si el cielo se concede por los méritos, la castidad los multiplica hasta el infinito; si el cielo es la casa de los amigos de Dios, las almas puras son singularmente amigas de Jesús. El mismo Jesús beatificó a los hombres castos: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt 5, 8).

Para condensarlo todo en pocas palabras, la pureza es el sello con el que Jesús marca a sus elegidos, así como el vicio impuro es el sello que Satanás imprime en los réprobos.

III. ¿Quién es el hombre puro?

Es una pregunta importante, y muy fácil, sin embargo, de contestar. «El hombre puro responde san Agustín es el que vela sobre los cinco sentidos y rechaza cuidadosamente todo lo que es ilícito en el uso de los ojos, el oído, la lengua, el tacto, el olfato y el paladar».

Para conservar la pureza se necesita, pues:

1. Velar sobre los ojos.

para mantenerlos en gran modestia. «Por los ojos dice san Jerónimo penetran las flechas envenenadas que hieren el corazón. Por eso ha dicho Jeremías: La muerte ha subido por nuestras ventanas y penetró en nuestras moradas (Jr 9, 21). Y también: Mis ojos contristan mi alma» (Thren 3, 51).

Una simple mirada puede causar fascinación y ser principio de ruina y motivo de caída. Por eso, sin duda, Hugo de San Víctor llama a los ojos «escollos funestos en los

que naves cargadas de riquezas han zozobrado; rocas crueles y bárbaras contra las que se han despedazado miserablemente multitud de almas».

«Los ojos dice san Gregorio son maestros y doctores en todo; no les permitáis, pues, ver objetos carnales, si no deseáis que os lleven a ser carnales. El pensamiento y el deseo siguen tan de cerca a la mirada, que no se puede contemplar lo que no es lícito desear».

«Acostumbraos aconseja san Francisco de Sales a ver a las personas de distinto sexo de un modo general, no con mirada fija, morosa e inquisitiva».

San Luis Gonzaga no miraba nunca a la emperatriz de Austria, de la que era paje; de manera que, tras varios meses de permanencia en palacio, aún no la distinguía. Es más, ni siquiera fijaba los ojos en su propia madre.

San Hugo, obispo de Grenoble, no conocía de vista a la suya, por no haberla mirado nunca fijamente.

San Pedro de Alcántara mantenía los ojos con tal modestia, que no conocía a los frailes del convento: los distinguía por la voz, no por el rostro. Otro santo religioso, que había recibido alto don de castidad, cuando le preguntaron por qué era tan recatado con las mujeres, contestó: «Cuando se huye de las ocasiones, el mismo Dios le guarda a uno; pero si uno se expone voluntariamente al peligro y da excesiva libertad a los ojos, Dios le abandona y le deja caer en faltas graves».

No os fieis de la virtud de quien no modera la vista. «Todo el que tiene ojos impúdicos afirma san Cesáreo no puede tener alma casta, ya que la pureza de los ojos y la del corazón corren parejas».

2. Velar sobre la lengua.

«La lengua de un hombre le pone al descubierto la conducta: según le pinte el lenguaje, así tendrá el corazón», dice san Isidoro. El hombre púdico usa siempre un lenguaje púdico. El demonio nos tiende emboscadas por todas partes, pero nos las tiende particularmente por la lengua. «Ningún órgano afirma san Juan Crisóstomo le sirve más para matar a las almas; ningún órgano se concierta mejor con él para el ministerio de la muerte y el pecado. Ese acuerdo es el que prepara las caídas, la perdición y la muerte del alma».

Según san Agustín, la lengua es un horno de impureza en un hombre estragado por el vicio feo. Por eso, el Apóstol exclama: No deis lugar a la seducción: las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres (1 Co 15, 30). Y en otro lugar: Pero la fornicación..., ni aun se nombre entre vosotros...; ni tampoco palabras torpes, ni truhanerías, ni bufonadas, lo cual desdice de los santos (Ef 5, 34).

Una palabra destemplada hacía desmayarse a san Estanislao de Kostka. San Carlos Borromeo despidió de su casa a un criado que le narraba en términos poco decentes un crimen cometido en la ciudad. San Francisco de Sales prefería que no se hablara de la pureza:

Hay dos virtudes decía que se han de practicar constantemente sin nombrarlas: la humildad y la castidad.

¿Por qué no se va a alabar la pureza?, le preguntó alguien.

Por temor a dejar en la mente contestó como un rastro secreto e imperceptible del vicio contrario y exponer así a la tentación.

San Juan Crisóstomo quiere que, en la confesión, sea uno breve y evite cuidadosamente las repeticiones y detalles no legitimados por motivos justos. «¡Ay dice, cuántas veces con un pretexto frívolo, la pobre naturaleza, privada de todo lo demás, busca una especie de resarcimiento por medio de la vista o la palabra!».

No pongas en el número de los hombres castos a quien no es muy comedido y recatado en las palabras; huye de él, pues según san Gregorio «ese hombre es socio del demonio para perder a las almas; su lengua es más feroz que la de los animales salvajes y más venenosa que la de las serpientes». De la abundancia del corazón habla la boca (Mt 12, 34); por consiguiente, las palabras obscenas descubren un corazón corrompido. ¡Ay, cuántas personas se llaman a engaño en este punto y se permiten pronunciar vocablos que llevan el incendio a las almas!

Es a modo de broma, dicen.

¡Cómo! ¿Os permitís chanzas con el pecado, violando la ley de Dios, escandalizando y perdiendo a las almas, extendiendo el contagio del vicio? ¡Andad! ¡Largo!, hombres perversos. Sois los secuaces de Satanás; la maldición de Dios recaerá sobre vosotros.

3. Velar sobre las manos.

Un átomo hiere un ojo, un hálito marchita una flor, el menor choque rompe el cristal. ¿Qué se precisa para vulnerar a un alma, para ajar el lirio de la pureza, para quebrar el vaso en el que, según san Pablo, llevamos nuestro tesoro y en el que está escrito en letra titular: FRAGIL? Una nonada. Guardaos, pues, de testimonios de afecto exteriores; no sólo de los que hacen llorar a los ángeles y reír a los demonios, sino de los más inocentes en apariencia.

«Las familiaridades y juegos de manos dice san Jerónimo son indicios de una pureza que agoniza y una virtud que se está muriendo».

«Huid de los más leves tocamientos, no diré de personas desvergonzadas, sino aun de las más honestas, escribía Lamberto, maestro general de la orden de los dominicos. La tierra es buena, la lluvia es buena y, sin embargo, juntas forman el lodo. Tocad la pez, se os ensuciarán los dedos».

San Luis Gonzaga no consintió que le curaran una llaga que tenía en un brazo.

Mientras nos quede la menor centella de calor vital, el fuego de la concupiscencia se mantiene en los miembros. A menudo, bajo una capa de ceniza, un ascua parece apagada y se pone a arder en cuanto se la toca. También ocurre con frecuencia que un trozo de carbón se apaga, y vuelve a arder en cuanto se le acerca a otro. El arte mayor del demonio es andar removiendo tueros casi apagados, juntarlos y ponerse a soplar encima.

San Ursino, tras haberse ordenado de presbítero, vivió con su mujer como con una hermana, en perfecta continencia. Cuando entró en agonía, acercósele ella al rostro para cerciorarse de si aún respiraba. El santo se dio cuenta, recobró la energía y le dijo: ¡Mujer, apártate de mí, aún no se ha apagado el fuego, aleja de él la paja!

«El agua fresca dice san Francisco de Sales pierde su limpidez, si un animal la toca y remueve; la fruta excesivamente manoseada pierde su lozanía y aroma, se marchita, se pudre y nadie la quiere. El religioso que se permite libertades, familiaridades, aun irreflexivamente y sin mala intención, pierde la flor de la pureza. Nuestros cuerpos son como vasos de cristal, que se quiebran a poco que se toquen unos a otros; son como la fruta que se maca y pudre al chocar una pieza con otra, aunque estén todas enteras».

San Nicerio, obispo de Lyon, no tocaba nunca a los niños en el rostro ni las manos.

No hay tocamiento que no encierre peligro. Una piadosa compañera de santa María de Oignie, la tomó un día de la mano sin intención torcida. Pero oyó inmediatamente una voz del cielo que la avisaba: ¡No me toques! Efectivamente, la santa comunicó en seguida a aquella persona, que había sentido cierta emoción desordenada.

San Gerardo, abad, había sido milagrosamente curado de parálisis. Un día vino a verle, para celebrarlo, una cuñada suya muy piadosa. Fue tal su alegría y entusiasmo, que asió el brazo santificado por la curación milagrosa y lo besó. En el mismo instante volvió la parálisis a aquel brazo: Dios quiso manifestar así el cuidado con que hemos de rehuir todo tocamiento.

4. Velar sobre el paladar.

El paladar no enfrenado es un grave escollo de la pureza. Escuchad la doctrina de los santos sobre este punto. San Jerónimo y san Agustín aseguran que la gula es madre de la impureza y que ambos vicios andan juntos.

San Gregorio asegura que «a la impureza la arrastran dos fogosos corceles, la gula y la pereza, y que un hombre sensual jamás será puro». Agrega: «Gula, desidia, pereza y demonio son cuatro cosas idénticas, cuatro compañeros inseparables».

Según san Juan Crisóstomo, «nadie es más amigo del demonio que el goloso, porque ese vicio engendra todos los demás, particularmente la impureza». Dice también que el estómago sobrecargado de alimento es cual navío con excesiva carga, que se va a pique si le sorprende la tempestad, es decir, la tentación.

Santa Catalina repetía con frecuencia a las novicias de su convento: «Quien no se mortifique en la comida, no puede conservar la inocencia, ya que Adán se perdió por la gula».

«Jamás, jamás tendré por hombre casto exclama san Jerónimo a quien no sea sobrio en la comida y la bebida». «Si se me considera apto para dar un consejo, si merece crédito mi experiencia dice también, considerad el vino, tomado sin moderación, como un veneno, como aceite que se arroja a la llama». Y termina con estas palabras: «Doquiera haya exceso en el comer y beber, el vicio impuro señorea, impera cual dueño absoluto».

Ése es el motivo según san León de que «todos los santos, nuestros maestros y prototipos, hayan inaugurado la lucha contra las tentaciones con la abstinencia y mortificación en la comida, la bebida y el descanso». «El lino no blanquea sino a fuerza de clarilla y maceración dice san Ivo de Chartres, y el cuerpo no se hace casto sino a fuerza de privaciones y penitencias».

«Hijo mío decía san Felipe Neri a uno de sus penitentes que solía beber y comer entre horas, si no corriges ese defecto, no darás nunca un paso adelante en el camino de la perfección, y quedarás expuesto al peligro de perder la pureza».

San Lorenzo Justiniano no bebía ni agua entre comidas, rechazando ese alivio aun durante los calores estivales más recios. A quien le parecía un exceso de severidad, el santo respondió: «Lo hago por conservar la pureza y ahorrarme purgatorio».

La sobriedad y mortificación es uno de los mejores medios para guardar la pureza. Dice, efectivamente, santo Tomás: «Cuando se rechaza y vence al demonio en las tentaciones de gula y sensualidad, ya no presenta combate en el campo de la impureza, pues entiende que anda lejos de caer en combates mayores, quien no cede en los menores».

5. Velar sobre la mente, para no dejar penetrar en ella ningún mal pensamiento.

Las acciones dependen de los afectos, y los afectos de los pensamientos. Es, pues, de suma importancia rechazar los pensamientos malos, frívolos e incluso inútiles, y no dejar penetrar en la mente sino pensamientos santos o útiles. «Todas las acciones buenas

o malas dice san Agustín tienen su origen en el pensamiento; tal es el motivo de que el Espíritu Santo nos diga en la Escritura: Los pensamientos tortuosos apartan de Dios... El espíritu santo de la disciplina huye del engaño y se aleja de los pensamientos insensatos» (Sb 1, 3 y 5).

«Lo propio del demonio asegura san Isidoro es sugerir pensamientos criminales». Y agrega san Juan Crisóstomo: «Los pensamientos impuros son flechas disparadas por el demonio para herirnos».

La pasión es el fuego, los malos pensamientos son la paja. «¡Cuán fácil es exclama san Gregorio que dicha paja prenda y produzca un incendio!»

No dejéis de combatir el mal pensamiento so color de que es cosa sin importancia; una chispa parece una minucia, casi ni se la ve; pero si cae en leña seca, produce un incendio capaz de devorar una casa, una ciudad entera. Rechazad, pues, el mal pensamiento en cuanto se presente, o despreciadlo. «Mientras el enemigo es débil advierte san Jerónimo, mávalo, no le dejes crecer» «Quebrantad la cabeza de la serpiente añade san Agustín. ¿Cuál es esa cabeza? La primera sugerencia del mal. Aplastadla y seréis dueño de todo el cuerpo». Un remedio eficaz para ahogar los malos pensamientos es llenar la mente con los buenos: recordad, pues, la muerte, el juicio, el infierno, la eternidad o la pasión de Jesucristo. Quien no vela sobre el espíritu, sino que deja entrar en él toda clase de pensamientos vanos, inútiles y peligrosos, jamás será casto y se expone a caídas lamentables.

6. Velar sobre el corazón.

La vida del corazón es el amor y no hay corazón vacío de amor. Ahora bien, ¿de qué amor vivís? Mirad lo que amáis. «Si vuestro corazón ama a Dios dice san Agustín, se diviniza; si ama la tierra, se torna terrenal; si ama la carne, la criatura, se hace carnal, tan sólo es barro».

El corazón es el asiento y fuente de la pureza. Por eso avisa el Espíritu Santo: Fórmate dentro de ti un corazón de buen consejo. Una palabra o un consejo malo altera el corazón, del cual nacen estas cuatro cosas: el bien y el mal, la muerte y la vida (Eclo 37, 17 y 21).

«Nada tenemos más veleidoso que el corazón afirma san Gregorio. Se nos escapa continuamente de las manos para correr tras los malos deseos. El corazón es lo más versátil que hay, lo más escurridizo» Por eso agrega san Bernardo: «No halla el demonio en el cuerpo del hombre órgano alguno más favorable a sus solicitudes, artificios y quimeras». Convencido de tal verdad, san Agustín asevera: «El soldado de Cristo debe ante todo guardar el corazón con la mayor solicitud, si no quiere que le queme la lujuria»

Guardaos, guardaos de afectos naturales, sensuales: son la puerta que conduce a los carnales y delictivos. Huid, huid de amistades particulares: son uno de los lazos más peligrosos del demonio. «Son el cabello dice san Francisco con el que el demonio empieza a atar a las almas; luego viene el hilo, después la soga y, finalmente, la cadena de hierro».

Ese afecto excesivamente humano que sentís hacia una mujer o uno de vuestros alumnos, y que no combatís, crecerá con las palabras cariñosas, las miradas y carantoñas, los regalitos; luego estallará la pasión y os veréis sujetos con cadenas de hierro y de muerte. ¡Qué riesgo corre la pureza, cuando el corazón es presa de un afecto excesivamente humano contra el que no se lucha! Es uno de los peores escollos de la virtud angélica. «Los que amáis la pureza y deseáis conservarla advierte san Juan Clímaco, precaveos contra ese lazo del demonio»

No me digáis que no sentís nada, ni asaltos de la apetencia, ni desenfrenos de la imaginación, ni simpatías desordenadas. «¡No, no! os contesta san Juan Crisóstomo, no me vais a persuadir que sois uno para otro como dos trozos de mármol; y que el cielo, para favorecer una amistad cuando menos inútil, vaya a tener que acallar la concupiscencia y, como quien dice, la naturaleza»

7. Velar sobre cuanto pueda serviros de ocasión de tropiezo y causa de caída.

No olvidéis nunca estas dos sentencias de la sagrada Escritura: Espinas y lazos hay en el camino del hombre perverso: mas el que guarda su alma, se alejará de ellos (Pr 22, 5). Quien ama el peligro, perecerá en él (Eclo 3, 27).

«Buscar ocasión de pecar dice san Bernardo es señal de pecado ya cometido y causa de que se le vuelva a cometer». «Tenedlo por seguro agrega san Cipriano, quien se expone a ocasiones próximas de pecar, seduce a su propia alma y cae en espantosa ceguera»

Sólo quien vela, huye, teme y desconfía de sí mismo, deja de perecer. «¡Cuán elevado es el número de los que pierden la castidad por presunción!», exclamaba san Jerónimo en el lecho de muerte. Fue ésa la última lección que dio a sus discípulos

Arrojarse en medio de las llamas con la esperanza de no arder, es locura, es cosa imposible. «Se precisaría un milagro dice Cornelio y Dios no tiene por qué hacerlo; el que así obra, no lo merece; ha hecho, por el contrario, todo lo que ha podido para alejarse de Dios y perecer. Y es lo que ocurre, que se zozobra miserable y escandalosamente». «Las tentaciones que, contra nuestra voluntad, hemos de combatir dice san Basilio, son una guerra indispensable; entonces, con el auxilio de Dios, salimos victoriosos; pero crearse adrede una guerra encarnizada, exponiéndose voluntariamente al peligro, es el colmo de la demencia». «Arrojarse vanamente al peligro es diabólico», afirma san Juan Crisóstomo

¡Ay del ciego presuntuoso que ni ve ni teme el peligro, y se divierte con las víboras!
Tarde o temprano le morderán

Conversar sobre materias relativas al sexto mandamiento y al vicio impuro sin verdadera necesidad, es andar jugando con víboras.

Leer un libro pernicioso o simplemente peligroso por razón de las disposiciones del que lo lee, es andar jugando con víboras.

Aprender, por mera curiosidad, materias que convendría ignorar toda la vida, es andar jugando con víboras.

Mantener coloquios prolongados y a solas con personas de distinto sexo y sin necesidad, es andar jugando con víboras.

Familiarizarse con un alumno porque se siente para con él un afecto natural, sensual, es andar jugando con víboras.

Faltar de recato consigo mismo o con otros, en lo relativo a esta materia de la castidad, es andar jugando con víboras.

Trabar amistad íntima con un hermano de religión o un seglar poco edificante y poco reservado en las palabras, es andar jugando con víboras.

¡Ay de quien se entrega a tales diversiones! Tarde o temprano caerá; tarde o temprano le morderá la víbora del vicio impuro.

Huid de la ociosidad, que es la precursora de la impureza. «El demonio dice el insigne san Atanasio se regocija cuando ve a un religioso desocupado». ¿Por qué? Porque sabe, por experiencia, que la desidia conduce infaliblemente a la impureza.

¿Qué es la imaginación del religioso vago?, pregunta el abad de Claraval.

Es, responde, el camino real por el que se pasean todos los demonios impuros.

¿Qué es su corazón?

Una sentina en la que se crían y rebullen las más feas tentaciones.

Y añade san Buenaventura: «Es una plaza fuerte desmantelada, blanco de todos los proyectiles del infierno: el lecho, la blanda almohada en que reposa deliciosamente Satanás».

Según san Jerónimo, «al que trabaja sólo le tienta un demonio, mientras que al ocioso le atacan una legión de ellos, que le asuelan y depredan el alma».

Al religioso que desea mantenerse firme y guardar castidad perfecta, no le basta la piedad, ni apenas la afición al trabajo: necesita, en cierto modo, la pasión del trabajo. «Recordad dice san Juan Crisóstomo que Adán, ocioso, fue arrojado del paraíso terrenal, mientras san Pablo, que se ocupaba en tejer tiendas, fue arrebatado al tercer cielo». «Procura que a la oración siga el trabajo, y al trabajo la oración», escribía san Jerónimo a Nepociano. Gustad de la lectura de libros buenos, de la oración y el trabajo: no os inclinaréis al vicio de la carne, y las llamas de la concupiscencia se apagarán como por ensalmo.

Huid de las pláticas inútiles con mujeres, como de las espinas, la peste o el fuego. Casi siempre dan llama que arde o humo que tizna. Por un lado, el tizón; por el otro, la estopa; y entre ambos, el demonio, que los arrima y sopla. Aquí es donde puede aplicarse de modo especial el proverbio de Salomón: En el mucho hablar no faltará pecado (Pr 10,19). El que está sujeto por un hilo a la aguja de una torre, pone la vida en menos peligro que el religioso la castidad, cuando éste mantiene conversaciones prolongadas con mujeres.

«Hemos de usar de gran precaución con las mujeres y ser breves con ellas aconseja san Alfonso M. de Ligorio; cuando tengamos seis palabras que decir, limitémonos a tres». ¿Por ventura puede un hombre esconder el fuego en su seno, sin quemarse los vestidos? ¿O andar sobre ascuas, sin quemarse las plantas de los pies? (Pr 6, 2728).

«¿Quién es comenta el cardenal Hugo de Saint Chef el que esconde fuego en el seno? El que gustosamente habla con personas de diferente sexo. ¿Quién camina entre ascuas? El que morosamente las mira». Muchos son los que así se pierden jugando con el fuego.

Santo Tomás de Aquino era muy reservado en la conversación, incluso con su madre.

Pero ¡hombre! le dijo alguien, ¿no es tu madre? ¿Por qué huyes de ella? Precisamente por eso replicó el santo me cuido.

San Agustín no quiso que su propia hermana viviera con él, El sabio y santo cardenal Belarmino propinó una fuerte reprimenda al hermano que le acompañaba, por haberle dejado solo con una dama noble y de probada virtud.

En los viajes y visitas que se hacen, la triple salvaguardia del religioso la constituyen el hábito, el compañero y la modestia. ¡Ay de quien abandone uno solo de esos custodios! No se puede uno fiar de la virtud de quien se permite pláticas prolongadas con mujeres: tarde o temprano, su temeridad le hará caer. Según san Efrén, «es imposible evitar los malos pensamientos, la rebelión y ardores de la concupiscencia, mientras no se huya de las ocasiones peligrosas». «Quien no anda precavido dice san

Agustín y no huye del peligro contra el que debe prevenirse y del que debe huir, tienta a Dios y será de él abandonado».

En los peligros de la castidad, la timidez que obliga a huir, viene a ser intrepidez. Se corre a la victoria al dar la espalda; se centuplican las fuerzas al confesar la propia flaqueza y pedir socorro. En los demás combates se reta al enemigo gritando ¡adelante!; en el de la pureza se le inflige la derrota al grito de ¡sálvese quien pueda! «Quien huye de la persecución, rehusando sufrir por Dios dice san Agustín, pierde la corona del martirio; pero quien huye del campo de la voluptuosidad, por temor a comprometerse con el peligro, conquista la corona de la castidad». La vigilancia sobre nosotros mismos, la huida de las ocasiones peligrosas, ése es el único puerto de seguridad para la pureza; quien sale de ese puerto, puede estar seguro de que naufragará.

IV. ¿Basta velar sobre los sentidos para ser puros?

No. Se necesita además:

1. La oración.

Nos lo manda el Señor: Velad y orad, para que no accedáis a la tentación (Mt 26, 41; Mc 14, 38). La castidad es don de Dios; pero toda dádiva preciosa, y todo don perfecto, de arriba viene, como que descende del Padre de las luces (St 1, 17). Y luego que llegué a entender dice Salomón que no podría ser continente, si Dios no me lo otorgaba..., acudí al Señor, y se lo pedí con fervor (Sb 8, 21).

«La virtud de la pureza agrega Casiano es algo tan excelso y precioso, que el hombre no puede alcanzarla por sí mismo, si la gracia de Dios no le saca del lodazal de su pobre naturaleza». Nadie, pues, es casto, si no reza con perseverancia.

2. La confesión frecuente.

Es el freno más eficaz para contener a uno en las tentaciones y para reanimarle y rehabilitarle después de las caídas. Quien aplique ese divino remedio, triunfará siempre del demonio y de las pasiones más violentas.

Los dos enemigos más temibles de la pureza son la presunción y el desaliento. Quien arrostre el peligro, se exponga a la tentación o no vigile los sentidos ni los someta al freno, jamás será casto; infaliblemente habrá de perecer. Es tentar a Dios y engañarse a sí mismo, pretender conservar la pureza lanzándose en medio de los peligros; quien lo hace, demuestra que ya perdió la flor de la castidad

El desaliento es lazo tan funesto y tal vez más común que la presunción. Es imposible adquirir la pureza en alto grado sin combates, tentaciones y hasta, en ocasiones, sin sentir momentos de flaqueza. Ahora bien, lo peor que puede ocurrir en casos semejantes, es entregarse a la tristeza y al desánimo.

Quien se levante inmediatamente con la confesión y vuelva a la lid con alientos, acabará alcanzando la victoria total, por violentos que sean los peligros y tentaciones en que se halle. El vicio impuro es planta que no crece sino en la sombra, en las tinieblas y en el secreto; quien lo expone al sol mediante el sacramento de la penitencia y la dirección espiritual, consigue que se requeme y perezca.

Luchemos, pues, contra el desaliento y la presunción.

3. La comunión.

La sangre de Cristo es baño que calma la concupiscencia y apaga el fuego de las pasiones. «El amor de Jesús, dice san Antonio, es el arma más poderosa para luchar contra el infierno».

Creedme, hermanos, Satanás teme las vigiliass, ayunos y oraciones; pero mucho más teme la santa misa y la comunión. La simple señal de la cruz, la invocación del santo nombre de Jesús le desarman y ahuyentan. «Si estáis menos tentados y conserváis la pureza decía san Bernardo a sus religiosos, se lo debéis a la sagrada comunión».

4. La devoción a la santísima Virgen.

Todo el mundo sabe que uno de los mayores beneficios de la devoción a la santísima Virgen es logrnarnos la pureza. La primera gracia que la Madre divina pide para sus siervos e hijos, es la preservación de cualquier pecado. Se sabe por experiencia que las almas más devotas de María son las que sobresalen en pureza. En las tentaciones, la invocación del santo nombre de María basta para ahuyentar al demonio. Imponeos algunas prácticas particulares para pedir esa virtud a la Reina de los ángeles, y la conseguiréis infaliblemente.